

discreta mistress Blimber que convenía levantar la sesión, y así lo hizo acompañando á Cornelia hasta el coche de posta y dejándola instalada en el carruaje con el elegido de su corazón.

Mister Toots y señora se fueron al hotel de Bedford (la señora había estado allí en otros tiempos con el nombre de Nipper) y hallaron una carta. Toots se puso á leerla; pero tardaba tanto tiempo, que su mujer llegó á asustarse.

— Querida Susana — dijo Toots, — los sustos son aún peores que los desasosiegos. Calma, calma.

— ¿De quién es? — preguntó Susana.

— Querida mía — contestó mister Toots, — es del capitán Gills. Pero no te alteres. Está esperando á Wálter y miss Dombey de un momento á otro.

— No, no quieras engañarme — dijo Susana poniéndose inmediatamente de pie y muy pálida, — es inútil; han vuelto ya, lo leo en tu cara.

— ¡Qué mujer más extraordinaria! — exclamó Toots en un raptó de admiración. — Es cierto, querida, han llegado. Miss Dombey ha ido á ver á su padre y se han reconciliado.

— ¡Reconciliado! — exclamó Susana dando una palmada.

— Querida, no te alteres, acuérdate de lo que ha dicho el médico. El capitán Gills dice, es decir, no lo ha dicho, lo da á entender únicamente, que miss Dombey ha sacado á su padre de la casa vieja donde estaba y se lo ha llevado á la suya con Wálter. Mister Dombey está malísimo y dicen que se morirá. Miss Dombey no se separa de su padre ni un momento.

Susana rompió en amargos sollozos.

— ¡Vamos, vamos! — exclamó Toots. — Acuér-

date de lo que ha dicho el médico, si es que puedes. Y si no puedes, no importa, ház todo lo posible por acordarte.

Su mujer, impulsada repentinamente por un vivo deseo, suplicó á Toots en todos los tonos que la dejara ir al lado de su queridísima señorita. Y como Toots no ponía límites á su admiración y simpatía, consintió en lo que Susana le pedía. De manera que resolvieron marcharse en el acto, yendo á contestar de palabra á la carta del capitán.

Por una serie de coincidencias casi sobrenaturales y misteriosas, resultó que aquel día en que mister Toots y señora iban á casa del capitán, éste se encontraba en el florido tren nupcial, si bien no como protagonista, únicamente como una parte de por medio. He aquí lo que le sucedía.

Luego que el capitán vió á Florencia y su niño, y de alegrarse con esto de la manera más sincera, luego de conversar con Wálter, se despidió y, en vez de regresar á su casa, se fué á dar un paseo. Tenía necesidad de tomar el aire, de meditar sobre las vicisitudes humanas y de sacudir su sombrero de hule con motivo de la catástrofe sobrevenida á mister Dombey, por quien, en el corazón del capitán, abogaban su generosidad y su sencillez. La desgracia del infortunado caballero hubiera desconsolado profundamente al capitán, á no ser porque, en su ánimo, la compensaba el júbilo de haber visto al pequeñito Pablo; tan grande era este júbilo, que el capitán se reía y echaba el sombrero por alto, cogiéndolo en el aire con gran asombro de los transeuntes que se paraban medio espantados, pensando que aquel hombre sin duda estaba loco. Las alternativas de alegría y tristeza producidas en el capitán por el conflicto entre



los dos motivos de reflexión, le atormentaban, le incitaban á caminar como medio de tranquilizarse y recuperar su sangre fría; y como en tales casos una gran parte de la influencia en la armonización de las ideas se debe al lugar por donde se pasea y á los objetos que se miran, el capitán quiso dar vuelta por muelles y contemplar arboladuras, aparejos y mástiles. Durante largo rato desfiló por delante de mercaderes de cordajes, poleas, remos y galletas, descargadores de carbón y marineros, calderas de brea, canales, docks, puentes levadizos y otros dulcificantes objetos.

Tales apacibles escenas, y particularmente la región de Limehouse-Hole y alrededores, influyeron tanto en la tranquilización del capitán, que se repuso por completo. Y ya iba entonando para sus adentros la balada de la « Adorable Margarita », cuando, al volver una esquina, se quedó clavado y perdió el habla.

Era una triunfal comitiva lo que pasmaba de esta manera al capitán; una comitiva que avanzaba hacia él y al frente de la cual iba Mac Stinger en persona, la bravía Mac Stinger, en cuyo pecho, á la manera de condecoración, brillaba un reloj enorme con acompañamiento de dijes. Al instante reconoció el capitán Cuttle estas joyas como pertenecientes á su amigo Bunsby. Más aún; aquella inexorable mujer, no sólo llevaba las joyas del sagaz marino, sino también á éste, agarrado del brazo, cautivo con una resignación que daba lástima. Detrás de esta pareja, gozosamente caminaban los chicos Mac Stinger, formando un bullicioso grupo. Luego seguían dos señoras, de intrépido y formidable aspecto, y entre ambas un señor bajito con sombrero alto, grupo menos alegre. Y á la cola

marchaba el grumete de Bunsby, cargado con las sombrillas de las damas. La proesión iba bien ordenada, despacio, y si la algazara de la menuda familia no hubiera bastado, allí estaba el empaque de las señoras para demostrar que se trataba de un sacrificio cuya víctima, sin ninguna duda, era Bunsby.

El primer impulso del capitán fué salir huyendo. Al parecer, el mismo impulso tuvo Bunsby; pero inútilmente, como lo demostraron los hechos. Un grito, que salió del centro de la comitiva, reveló al capitán que ya le habían conocido. Y, en efecto, Alejandro Mac Stinger corrió hacia el capitán con los brazos abiertos.

— Ajajá, capitán Cuttle — exclamó mistress Mac Stinger. — Este sí que es encuentro. Ahora sin animosidad, no tema usted que le haga reflexiones; espero presentarme al pie del altar en muy otra disposición de ánimo. — Hizo una pausa la domesticada señora, y luego de lanzar un hondo suspiro señalando á la víctima, continuó: — Capitán, aquí tiene usted á mi marido.

El cuitado Bunsby no miraba ni á derecha ni á izquierda, ni á su mujer ni á su amigo; no miraba más que, en línea recta, por delante. El capitán alargó la mano, Bunsby hizo lo mismo, pero las congratulaciones del capitán quedaron sin respuesta.

— Capitán Cuttle — prosiguió la señora, — si quiere usted prescindir de nuestras pasadas animosidades y ver cómo pasa su amigo, mi marido, sus últimos momentos de soltero, acompañenos usted á la capilla. Aquí está una señora — dijo la impertérrita novia dirigiéndose á la más esforzada de las dos acompañantes intrépidas — que se alegrará mucho de ponerse bajo la protección de usted.



El señor bajito, de sombrero alto, que al parecer era el marido de la otra dama, se puso evidentemente muy contento de que se redujera su misión; de modo que se desprendió de la aludida sin perder momento. Tan pronto como la dama cambió de caballero, asiendo vigorosamente al capitán dió la imperiosa voz de ¡marchen!

Al principio había experimentado el capitán grandísimo terror por su amigo; pero ahora ya no era sólo por su amigo, sino también por lo que á él concernía. En efecto; empezó á sospechar si pretenderían casarle á él, como al otro, á viva fuerza. Pero luego se acordó de la necesidad de decir « si quiero », y entonces formó la briosa resolución de contestar, alto y muy claro, « no, no quiero », y mantenerse en aquel no contra viento y marea. Con estas reflexiones apenas se enteraba, ni del trayecto que seguían ni de la conversación de su delicada compañera. Por fin, un poco serenado, supo que esta era viuda de un señor Bokum, en vida empleado de la Aduana. Grande amiga de mistress Mac Stinger, la consideraba como un dechado para las personas de su sexo. Mucho había oído hablar del capitán; esperaba que éste se arrepentiría de su pasada conducta y se complacía en esperar que mister Bunsby comprendería cuán grande era su dicha, aunque por desgracia no suelen apreciar los hombres esta felicidad hasta después que la han perdido. Y así, sobre este mismo tema, continuó su discurso.

No dejó de observar el capitán que mistress Bokum no quitaba ojo del novio. Siempre que pasaban por alguna encrucijada, ó travesía, de apariencia favorable á la fuga, aquella mujer se ponía en guardia como para atajar á Bunsby si revelaba la intención de es-

caparse. Y la otra señora también, la del señor bajito, con sombrero alto, parecía dar señales de alerta concertada con mistress Bokum. No había escape, mistress Mac Stinger tenía tomadas todas sus precauciones para que aquel buen hombre no se pudiera sustraer á la felicidad que le esperaba. No pasaba inadvertido aquel manejo para los curiosos que se paraban á ver pasar la comitiva; muchos gritaban y hacían burla de mil modos. Pero todo era inútil, la formidable Mac Stinger seguía en su inflexible indiferencia, y el mismo Bunsby parecía en estado inconsciente.

Varias veces intentó acercarse el capitán á su amigo y de comunicarse con él por monosílabos ó por señales; pero siempre le salió mal el intento, no sólo por la vigilancia de la guardia sino por la dificultad peculiar de Bunsby cuya atención no había modo de atraer por ninguna clase de signos exteriores. Así llegaron á la capilla, edificio limpio, blanqueado, recientemente abierto al culto por el Reverendo Melchisedech Howler quien, en vista de solicitudes instantísimas, había consentido en prolongar por dos años más la existencia del mundo, pero advirtiéndole bien que no concedería más prórroga.

Mientras el Reverendo Melchisedech improvisaba una homilía, el capitán encontró una ocasión sumamente propicia para acercarse al distraído filósofo. En seguida, hablándole al oído, le dijo:

— ¿Va bien?

Bunsby contestó claramente, como si no estuviera delante del Reverendo Melchisedech y en tan desesperadas circunstancias:

— ¡Muy mal!



— Jack Bunsby — murmuró de nuevo el capitán — ¿Estás aquí por tu voluntad?

— No — contestó Bunsby.

— Entonces ¿por qué estás aquí? — preguntó naturalmente el capitán.

Bunsby mirando siempre con inmutable continente á un invisible punto del globo, permaneció en silencio.

— ¿Por qué no largas trapo? — preguntó el capitán.

— ¿Eh? — murmuró Bunsby con un centelleo de esperanza.

— ¡Larga trapo! — repitió el capitán.

— ¡Para qué! — repuso el desamparado marino. — Me daría caza en seguida.

— Inténtalo — replicó el capitán. — Larga trapo: ¡Fuera! Este es el momento. Larga trapo, Jack Bunsby.

Jack Bunsby, sin embargo, en vez de aprovecharse del consejo, dijo con expresión doliente.

— Todo esto comenzó el día del baúl. ¡Por qué la llevaría yo á puerto aquella noche!

— Muchacho — tartamudeó el capitán — no pensé que se hubiera enseñoreado de ti, sino tú de ella.

Bunsby contestó solamente con un gemido ahogado.

— Márchate — repitió el capitán, dándole con el codo. — Ahora es el momento. Larga trapo. Yo protegeré la retirada. Ahora ó nunca, Bunsby. Se trata de tu libertad. ¡Vivo, vivo!... ¡á la una!...

Bunsby no se movió.

— ¡Bunsby! — repitió el capitán — ¡á las dos!...

Bunsby no se movió á las dos.

— ¡Bunsby! — apuró el capitán — se trata de tu libertad... ¡á las tres! Ahora ó nunca.

Ni entonces ni nunca. No se decidió Bunsby y pocos instantes después quedó casado con mistress Mac Stinger.

Una de las más espantosas circunstancias de la ceremonia, al parecer del capitán, fué el implacable interés con que evidentemente le contemplaba Juliana Mac Stinger, la concentración de facultades con que aquella prometedora niña observaba los procedimientos de su madre. El capitán vió en esto como un vaticinio de infinitas asechanzas futuras: una serie de períodos y edades de opresión y de coerción que amenazaban á todo el linaje marinero. Más memorable le parecía esta amenaza que la inflexibilidad de mistress Bokum y de la otra señora, que el regocijo del señor bajito y que la rigidez de mistress Mac Stinger. En cuanto á los chicos Mac Stinger casi no comprendían nada de aquella ceremonia: no hacían más que andar á la pata coja, ora sobre un pie ora sobre otro. Pero la actitud de aquellos infantes aun influía en el relieve de la precocidad de Juliana. Uno ó dos años más (pensaba el capitán) y habitar cerca de esta chica sería el colmo de la perdición.

La ceremonia concluyó con un asalto general de la infantil familia contra Bunsby á quien dieron el tierno calificativo de padre pidiéndole medios peniques. Agotado el chorro de afección ya se marchaba la nupcial comitiva cuando la detuvo un incidente promovido por Alejandro Mac Stinger. Y fué que en el ánimo de aquella criatura, al ver las sepulturas, las piedras funerarias y la gente que entraba en la iglesia y á su parecer (por no incorporarse á la comitiva nupcial) no iban sino á las tumbas, la ceremonia de su madre tenía que acabar en entierro. Figurósele que iban á enterrar á su madre. Y ante aquel pensa-



miento empezó á gritar poniéndosele la cara lo mismo que una berenjena. Por conmovedoras que pudieran ser estas pruebas de cariño filial no entraba en el carácter de la madre el dejarse llevar por ellas hasta la debilidad de tolerarlas. En consecuencia, trató de corregirlas por unos cuantos puñetazos, meneos y otras advertencias semejantes. Y visto que no daba resultado este método, aprestóse á emplear otro, ya en el patio del templo. Parecióles á los invitados que este método consistiría en la brillante cachetina que sonaba como aplausos de una oración en el teatro; pero no era esto solo : vino luego el contacto, de la desnudez que ya conocemos, á la vista de todos, con las frías losas del patio.

Puesta otra vez la comitiva en condiciones de continuar en marcha, se dirigió á Brig Place donde la esperaba un banquete de boda. Bunsby recibió al paso infinitas felicitaciones burlescas de las gentes del barrio y por último llegaron á la puerta del domicilio conyugal. Llegó hasta allí el capitán Cuttle, pero se resistió á ir más adelante. Estaba, en efecto, sumamente intranquilo por las insinuantes maneras de mistress Bokum : como ya esta señora no tenía que vigilar al novio, disponía de tiempo para halagar al capitán. Sólo que éste no se dejó envolver y pretextando que tenía una cosa que hacer, muy urgente (por supuesto, que volvía en seguida), se escapó dejando al cautivo en manos de sus cautivadores. Un remordimiento, sin embargo, acompañó al capitán en su fuga : el de haber sido él mismo la causa de que su amigo llegara á caer en la trampa. Pero no había sido esta su intención y, por otra parte, no podía suponerlo, dada su grandísima confianza en los arbitrios del filósofo.

Regresar á casa de Sol Gills, al guardia marina de madera, sin procurarse antes noticias de mister Dombey, era cosa que no cabía en el ánimo del capitán. Por consiguiente tomó un camino para las afueras de Londres, pues mister Dombey estaba ya en una casita de campo. De esta manera, un rato á pie y otro en coche, llegó el capitán á donde se proponía.

La casita parecía tranquila, cerradas las persianas : casi no se atrevía á llamar el capitán, temeroso de turbar el silencio. Pero al escuchar le pareció que hablaban cerca de la puerta; entonces dió unos golpecitos con la mano y le abrieron. Era Toots el que abría; Toots, que acababa de llegar con su mujer, después de ir al guardia marina donde obtuvo la dirección de mister Dombey en el campo.

Acababan de llegar, en efecto, pero ya había tenido tiempo Susana para coger en brazos al nene, sentarse en un peldaño y ponerse á mecer y hacer fiestas á la criatura. Florencia estaba al lado, y á la verdad, era difícil de saber á quién, de la madre ó del niño, acariciaba más Susana.

— ¿Es verdad, señorita, que mister Dombey está muy malo? — preguntó Susana.

— Es verdad — contestó Florencia. — Pero no me hables de esa manera humilde, Susana, ya se pasó aquel tiempo. ¿Y esto? — añadió Florencia fijándose en el vestido de Susana. — Pero, te has puesto un traje viejo, el mismo que tenías en casa, y esa cofia y todo...

Se echó á llorar Susana, besando la mano de su amiga.

— Si usted me lo permite — dijo Toots dirigiendo amablemente la palabra á Florencia — la explicaré lo sucedido. Es la mujer más extraordinaria : hay



pocas como ella. Me ha dicho, no solamente ahora sino siempre, aun antes de que nos casáramos, que cuando regresará usted quería presentársela lo mismo que cuando la servía. Porque si se presentaba de otro modo tal vez no la parecería á usted bien ó la trataría con menos confianza. A mí me parece muy bien en ese traje : de todas las maneras la quiero. Que sea la doncella de usted, su aya, todo lo que usted quiera ; no tiene importancia ; para mí siempre será la misma. Únicamente — añadió Toots que había hablado con espontaneidad y sentimiento — únicamente he de recomendarle, Susana, que te acuerdes del médico y no te agites mucho.

## CAPÍTULO LX

## ENTERNECIMIENTO

Florenia tenía necesidad de que la ayudasen : Su padre estaba grave, la muerte le acechaba y ya no era ni sombra de sí mismo : cayó en la cama cuando su hija se lo llevó á su casa y desde entonces no había podido levantar la cabeza, reclinada en la almohada. Florenia, siempre á la cabecera, velaba con amor y tenacidad inagotables. Su padre la conocía bien aunque algunas veces desvariaba ; parecía que acababa de morirle su hijo. Otras veces hablaba con Florenia confesándola que no había dejado de enterarse de los cuidados que ella tuvo con su hermanito. En algunos instantes lloraba, se tapaba la cara con las manos y preguntaba. « ¿ Donde está Florenia? — Y Florenia contestaba. — « Aquí, papá : soy yo ». — « No la conozco (replicaba su padre), como hace tanto tiempo que dejé de verla, no la conozco ahora ». Entonces se quedaba asustado, con la mirada fija, hasta que Florenia le calmaba : y de nuevo se enternecía el padre, y lloraba.

No faltaban momentos en que el desvarío del enfermo tomaba forma de recuerdo, de evocación de sus antiguos ensueños. Repetía la pregunta de su